

# **BALA PERDIDA**

**SeisDoble**



[5]

# BALA PERDIDA

Jazz Bocanegra



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

© Jazz Bocanegra, 2021

© Idea original: Ángel Vallecillo

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2021

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

Cómic páginas 8 a 11: © MARIO ADALIDVI

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-70-4

Dep. Legal: P-70/2021

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

«Todos vivimos mientras alguien  
nos recuerda.»

FRANCISCO GONZÁLEZ LEDESMA  
(El inspector Méndez siempre  
en el recuerdo)

«Buscando mi destino, viviendo en  
diferido, sin ser, ni oír, ni dar.»

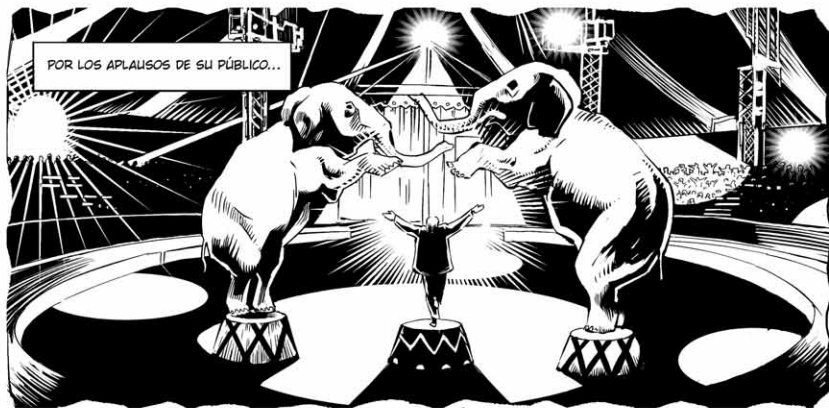
ROBE INIESTA  
(Extremoduro siempre en  
la banda sonora)

ESTA ES LA HISTORIA DE CANO,  
EL PAYASO.



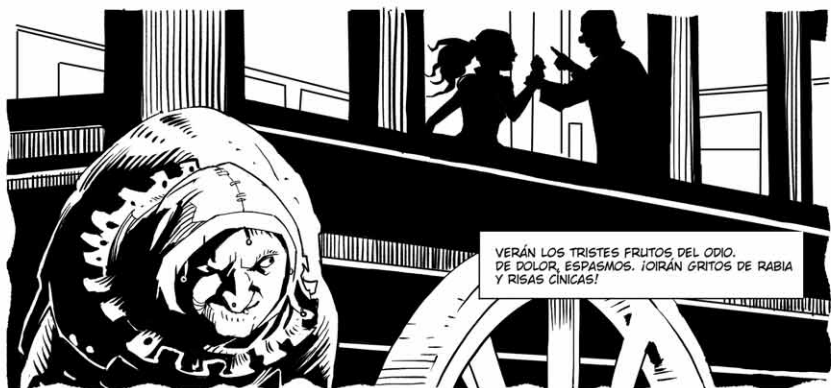
UN PAYASO LOCO DE  
AMOR POR SU CIRCO...







AQUÍ VERÁN AMAR COMO  
SE AMAN LOS SERES HUMANOS.



VERÁN LOS TRISTES FRUTOS DEL ODO.  
DE DOLOR, ESPASMOS. ¡OIRÁN GRITOS DE RABIA  
Y RISAS CINICAS!

SOMOS HOMBRES Y MUJERES  
DE CARNE Y HUESO, Y TODOS POR IGUAL,  
DE ESTE HUÉRFANO MUNDO, AIRE RESPIRAMOS.







PASEN Y VEAN LA MUERTE  
DE CANIO, EL PAYASO...

¡VAMOS!  
¡COMENZAD!



## Zero

Centro Penitenciario Madrid VII, conocido popularmente como prisión de Estremera.

Un sitio inhóspito en medio de la nada.  
La cárcel siempre es un sitio inhóspito en medio de la nada.  
Una pecera de colores descolorida.

Sonia Ruiz baja del coche. Lleva una falda larga *hippie*. Una falda estampada, vaporosa, ancha, combinada con una camiseta de rayas, una cazadora de cuero y unas zapatillas altas Converse. Su mirada es tan centelleante como el día. Un cielo azul capri, un sol esplendoroso y unas nubes blancas que parecen un cuadro de Magritte. Sonia se pone unas gafas oscuras, se remanga la falda y se sienta en el capó de su coche, justo entre las dos rayas deportivas blancas. Mira su recién estrenado Mini Cooper, *chili red*, con techo blanco. Lo acaricia. Nunca le habían gustado los coches. Tampoco le gustaba conducir.

¿Cuándo había cambiado todo eso?

Seguramente la necesidad de tener que alejarse de Pau tenía mucho que ver.

También ese dinero prohibido que tiene escondido bajo el colchón de su cama.

No está orgullosa de la procedencia de ese dinero, pero está aprendiendo a mirar para otro lado... Cien años de perdón, le contesta a su ángel de la guarda cuando le hurga en la conciencia. Ese dinero le ha servido para cambiar de coche, pero también para alejarse de Pau, aunque no para apagar el fuego que la invade cada vez que piensa en él. Sigue sin querer estropear su amistad, pero el diablillo que le come la oreja de vez en cuando le pregunta con turbadora asiduidad por los motivos que le impiden acostarse con él. ¿Tal vez que le lleva trece años? ¿Tal vez que le cambió en su día los pañales?

Tenía que alejarse de Pau, aunque aún no sabe cuánto aguantará.

Tampoco le ha ayudado mucho la psiquiatra a la que ha acudido un par de veces. El coche, al menos, ha hecho que ya no tenga que llamar tanto a Pau. Odiaba conducir, pero ahora le ha cogido gusto y necesita ser independiente para salir pitando cuando la cosa se pone peligrosa. Y ahí está su radiante Mini para llevarla al fin del mundo.

Sonia Ruiz mira con respeto al edificio. La observan desde las garitas de vigilancia. Ojos de funcionarios y cámaras de control. Abre la puerta del Mini y coge unos pistachos. Un hombre sale a paso ligero por las puertas de la cárcel y se dirige a toda velocidad hacia el *parking*.

Pulsa un mando y los pilotos de un Chrysler blanco se encienden. Coge algo del interior y regresa a la cárcel. Un viaje de ida y vuelta muy rápido.

Tan fugaz como la aparición del hombre al que Sonia lleva una hora esperando.

Han pasado diez años, pero le habría reconocido entre un millón.

Un hombre inocente que ha quedado marcado de por vida. Tanto ha sufrido que camina malherido. El cráneo pelado al cero. Sonia lleva meses pensando en él.

Sonia Ruiz arranca y sale tras él. Pasa a su lado, aminora la marcha y se detiene. Baja la ventanilla del copiloto y se asoma desplegando la mejor de sus sonrisas. Le llama con una voz dulce y enérgica a la vez:

—Bocanegra.

El hombre se detiene en seco. Se la queda mirando y Sonia ve dos cosas en la expresión de su rostro. Primero, algo parecido a la decepción. Segundo, un desconcierto absoluto. Bocanegra se acerca a la ventanilla y se asoma al interior del coche. No reconoce a la mujer que está al volante.

—Soy Sonia Ruiz, la asistente de Méndez —sonríe—, ¿te acuerdas?

Bocanegra duda, pero asiente. Baja la mirada como un perro apaleado. La reconoce, pero se pregunta por qué ha venido a buscarle. Levanta la vista. Mira al horizonte. Plano, árido, desértico. Nubes sobre cerros pela-

dos en mitad de la nada. Repara, asombrado, en la cárcel que ha dejado atrás. La observa como si le costara creer que ha estado allí recluido. Cierra los ojos. *¿Dónde están mis amigos?* Sus recuerdos saltan diez años atrás. La Sonia Ruiz que la memoria desentierra no es la misma. Más joven. Casi una niña, con la cara redonda como una manzana. Recuerda que, en su momento, cuando la vio por primera vez, su rostro le recordó al de Carla Bruni. Pero ahora esa Sonia Ruiz es muy distinta. Treinta y cuatro, treinta y cinco años tal vez. Una Sonia más atractiva, con gesto más desafiante, mirada más madura y belleza más diáfana. Ha perdido unos cuantos kilos y su rostro ovalado ha dejado atrás aquellos mofletes rosados típicos de edades más tiernas.

Sonia se estira sobre el sillón del copiloto y abre la puerta.

—Sube. Tengo algo para ti.

Bocanegra no se decide. No abre la puerta para entrar en el coche. Sigue dudando. No entiende muy bien qué hace allí Sonia Ruiz. Permanece fuera del Mini, con una mano apoyada en el techo blanco del coche y el rostro inclinado sobre la ventana. La mira. Es ella, claro, pero la ve muy distinta. Algo así le comenta.

—Sí, he cambiado —reconoce Sonia—. Todos lo hacemos, ¿no?

—¿Sigues trabajando para Méndez?

—No. Méndez murió.

Bocanegra escupe una mueca de disgusto. Aquel hombre, solitario y enredador, mordaz y desengañado, era una de las mejores personas que había pasado por su vida. En cierta ocasión, cuando coincidieron en Barcelona, Méndez le confesó que era un tipo derrotado y viejo que lo único que había conseguido era ser un experto en soledad interior.

Ahora Bocanegra entiende a Méndez mejor que nadie.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte... Es difícil explicarlo, así por la ventanilla...

—Gracias por venir, pero no es un buen momento. Prefiero estar solo.

Bocanegra se aleja de la ventanilla del coche y comienza a caminar. Lo hace desganado, sin fuerzas, con la bolsa de deporte descompensando la figura.

Sonia Ruiz arranca. Se vuelve a poner a su altura:

—Tengo algo importante que enseñarte. Pero está a seis horas de distancia...

Bocanegra deja la bolsa de deporte en el suelo. Se seca la frente y se queda un buen rato inmóvil mirando a la nada. Con la vista fija en un horizonte que es como un latigazo en los ojos.

—Marbella... —aclara Sonia.

Bocanegra sigue con la mirada fija en el horizonte. Cierra los ojos. Parece disfrutar dejando que el viento le

azote el rostro. En su rostro se refleja todo un océano de escepticismo. A Sonia le conmueve la expresión que despliega llena de melancolía y de desencanto.

—Creo que ahora mismo hay pocas cosas que me apetezcan más que ver el mar.

—Sube.

—¿Qué hay en Marbella?

Sonia Ruiz sonrío. Demora la contestación. Dobra su sonrisa:

—Justicia.

Bocanegra frunce los labios. Es una sonrisa amarga, desengañada, fría. «Justicia», masculla. Vuelve la mirada a la paz del horizonte. A lo lejos, una bandada de estorninos culebrea en el cielo. Bocanegra se queda mirando su llamativo e hipnótico baile. Cientos de pájaros sincronizados para crear hermosas formas sobre el lienzo del cielo anaranjado. Era una de las pocas distracciones que ofrecía Estremera. Asistir, desde el patio, a la majestuosidad sincronizada de los estorninos. En especial en invierno. Nunca fallaban. Aunque las figuras que dibujaban en el aire le recordaban siempre lo mismo...

—¿Justicia dices? Ya no creo en las palabras. —Bocanegra hace amago de volver a ponerse en marcha. Sonia se da cuenta y baja del coche. Se acerca a él. Le abraza. Apoya su frente contra la suya.

—Vamos a por ella, Raúl.

Bocanegra se ha quedado paralizado con la reacción



de Sonia. Sin embargo, permanece junto a ella, frente contra frente. Le sorprende la situación. También que le haya llamado Raúl. Hacía mucho tiempo que nadie se dirigía a él por su nombre. Tampoco recuerda que, en el poco tiempo que coincidió con Sonia Ruiz diez años atrás, le llamase nunca Raúl.

En la cárcel ya casi se le había olvidado su nombre. Era una de las muchas cosas que había olvidado.

Otras, en cambio, siguen caminando por su cerebro con tacones de aguja.

—Vamos a por ella —repite Sonia—. Destruir la vida que se ha montado a tu costa. Que pague por tu tormento. Por los años que te ha robado.

Bocanegra se aparta. La mira fijamente a los ojos.

—¿Hablas de Nadia?

—La misma. Vamos...

Bocanegra sube al coche. Sonia le coge la bolsa de deporte que lleva con sus cuatro pertenencias y la deja en el maletero. Arranca y sale derrapando del *parking* de la prisión de Estremera. Bocanegra, con la ventanilla bajada, mira absorto el paisaje. Abre la boca. Cierra los ojos. Deja que el aire le golpee en el rostro. Y allá, desde los vértices del tiempo, van llegando los viejos recuerdos en ráfagas lentas de viento.

